

bién en Buenos Aires, en 1962. Las Cartas entre Unamuno y Pascoaes se publicaron en Lisboa, 1986.

La puntual y monumental *Bibliografía crítica* de Pelayo H. Fernández (Ed. Porrúa, Madrid, 1976) sobre Unamuno está llena de referencias a la publicación de sus cartas, como las escritas a Enrique Rodó, Ruiz Contreras, Duhamel, Ganivet, Maragall, Zorrilla de San Martín, Machado, Candamo, Croce, Galdós, Pérez de Ayala, Jean Camp, Rubén Darío, Giner de los Ríos, Alcides Arguedas, citadas en orden de aparición, y otras muchas. Guillermo de Torre, en el número homenaje de *Insula*, en el 64, con motivo del centenario de su nacimiento, le dedicó un artículo de aproximación al tema de «Unamuno, escritor de cartas». En 1950, el profesor García Blanco inició la recopilación sistemática del disperso epistolario unamuniano, con el que formar un tomo de sus *Obras Completas*, que estaba preparando para la desaparecida Editorial Escelicer; pero otros proyectos y probablemente la abrumadora tarea de recoger el inmenso epistolario inédito, del que no era posible ver el final, le hicieran dejar este trabajo a medio hacer, aunque no obstante, como declaró en 1964, había reunido 1.200 cartas de Unamuno, listas para su publicación, que no se realizó por la quiebra de la editorial.

Este fondo forma la base del *Epistolario inédito (1894-1936)* que Laureano Robles, de la Universidad de Salamanca, ha publicado ahora y al que ha añadido una buena cantidad de nuevas cartas, recogidas por él a lo largo de una meritoria labor de muchos años¹. Esta recopilación de cartas de Unamuno, que ocupa más de setecientas páginas, viene a confirmar el interés de su dedicación epistolar, que representa una importante parte de su haber literario, reflejado también en esos miles de cartas que escribió a lo largo de su vida, a la vez que escribía sus grandes obras. Como él mismo dijo, en una de las cartas inéditas que hoy se publican, «si el tiempo que echo en escribir cartas lo empleara en labor literaria decuplicaría mi obra».

Esta recopilación de cartas de Unamuno representa el más grande esfuerzo hecho hasta ahora para dar a conocer la epistolografía unamuniana. El profesor Robles, era la persona más señalada para realizar esta labor, después de sus numerosas entregas de textos epistolares de Unamuno, a los que ha dedicado una prolongada labor investigadora, que ha fructificado en la edi-

ción, entre otras, del *Epistolario completo Ortega-Unamuno* (1987) y de sus cartas a García Morente (1988), Gerardo Diego (1989), Cajal, Castillejo y Jiménez Fraud (1989) y Azorín (1990), que lo han convertido en el mejor conocedor de la epistolografía unamuniana. Ha preparado esta edición con erudición cuidadosa y le ha añadido las notas imprescindibles para el mejor conocimiento de estos textos, aunque a veces se echan de menos noticias más extensas sobre la personalidad de sus destinatarios y sobre las circunstancias en que fueron escritos, que ayudarían a descifrar, a los lectores menos puestos en la biografía del autor y en la historia cotidiana de su tiempo, algunos puntos quedan algo confusos.

Un denso y riguroso estudio de presentación, en el que, además de referir la génesis de este *Epistolario inédito*, analiza con cierto pormenor las relaciones epistolares de Unamuno con Rubén Darío, «Clarín», Ruiz Contreras, Nin y Frías y su amigo bilbaíno Juan Arzadun, abre esta colección de cartas, que no sólo confirman su epistolomanía, que según él era su «flaqueza», sino que ofrecen un interesante contenido de noticias sobre la gestación de sus obras y de sus proyectos literarios y vitales, anécdotas personales y profesionales, que vienen a enriquecer su abundante anecdótico, comentarios políticos de subido color sobre la situación española, sobre la monarquía y el ejército, juicios literarios sobre muchos de sus contemporáneos, expuestos con la espontaneidad y la claridad habituales en él, su particular entendimiento de la idea de Dios y del cristianismo, sus amistades portuguesas e hispanoamericanas, reflexiones sobre sus preocupaciones lingüísticas y estéticas y la expresión de sus devociones, todo mezclado con su yo señero y contradictorio, apasionado e inviolable.

Da gusto encontrarse otra vez con el Unamuno de siempre, asistir a sus irritaciones y a sus ingenuidades, ver nacer sus temas, desarrollarse e incorporarse al asistemático sistema de su pensamiento. Estas cartas componen un autorretrato, con algo de misterio y mucho de vendaval, como era él con su poderosa personalidad y su dedicación extrema al oficio de vivir y de sermonear, una simbiosis de misionero y de vándalo, incansable e impru-

¹ Miguel de Unamuno: *Epistolario inédito (1894-1936)*. [Edición de Laureano Robles]. Col. Austral, números 238 y 239. Espasa-Calpe, Madrid, 1991.

dente. Nunca mejor dicho, que en estos textos se mezclan lo humano y lo divino. Su tema recurrente es, por supuesto, su yo, dolorido y expósito; pero, a través de ese yo elefantiásico, producto de lo que él mismo llamaba su «yoización», recibimos información sobre su mundo y su tiempo, como una crónica cotidiana y personalizada, que refleja la historia de casi medio siglo de vida española, desde 1894 hasta 1936, y la exhibición de los avatares de una conciencia hipersensible, dotada de una deslumbradora perspicacia.

Es una vez más, el hombre de carne y hueso, que él colocaba en el centro de su filosofía; vuelve con frecuencia a su consideración de la niñez, como fuente de inspiración poética y como reserva de salvación humana; su preocupación por el habla popular, sobre todo salmantina, como venero de renovación para el lenguaje literario; su mal oído para la música; sus acendradas preveniciones contra la cultura francesa; sus problemas de salud, como su visita a los baños de Ledesma, a mediados de agosto de 1900, buscando alivio a su reumatismo, o su «oftalmia catarral» de marzo del año 1901; sus eternos problemas de dinero, como cuando confiesa que un editor no le paga bien las traducciones o que «el año pasado [1902] cerré con un déficit de catorce pesetas. Esto es la ruina, y con seis hijos y el séptimo en camino, no sé a dónde voy a parar» o cuando se lamenta de que «de las letras no hablemos; en este año [1905] no le habré sacado ni 2.000 pesetas y de ellas 700 y pico, que me va produciendo hasta ahora mi "Quijote"»; su pacifismo y su antimilitarismo: «Pienso seriamente en hacer que mis hijos se ausenten de España antes de entrar en quinta, y si se estableciera el servicio militar obligatorio, los haría salir. No quiero que se corrompan en un cuartel, ni aunque sólo paren en él un mes» (1904); su rechazo andaluz, visceral y excesivo, que no le abandonaría en toda su vida y que repetiría en vísperas de su muerte: «El andaluz es en España una especie inferior, por mucho talento que tenga es memo por dentro... yo no los resisto» (1901), o los andaluces son «una casta incapaz de redención intelectual» (1902); su amor por Salamanca; sus preocupaciones pedagógicas y su vocación educadora; sus lecturas y sus proyectos; su permanente disponibilidad crítica para dar consejos o emitir juicios literarios apresurados: «Lo que escribe Valle-Inclán es para hacer que se duerma uno de pies, soñoliento, mo-

nótono y sin contenido real ni ideal» (1901), o cuando alude a «las garrulerías de los cantores de faunos, ninfas, driadas, abates versalleses y chucherías mal traducidas del mal francés», en evidente alusión a Rubén Darío y a los modernistas, o cuando habla de «la lepra literatesca gallega, la cochinería estilística de Dña. Emilia o Valle-Inclán, la grosera porquería extremeña de Trigo», o cuando, refiriéndose a Baroja, sentencia que «tanta materia conjuntiva hace un estilo atrocamente cirrótico»; su admirativo y problemático catalanismo, su vasquismo agónico, etc... Todo un sistema de referencias biográficas y culturales, enraizadas en su persona y en su época, traducidas con transparencia suicida y muchas veces con mal humor ocasional.

Y lo que más nos sorprende es que este amasijo de preferencias y desdenes, de confesiones y de paradojas esté destinado a un heterogéneo grupo de corresponsales, unidos exclusivamente por su relación con él, y habitantes de órbitas sociales, profesionales y culturales diferentes y alejadas entre sí, de una plural geografía, que une el cosmopolitismo de Rubén y el aldeanismo de un humilde comunicante desconocido o alcanza lo mismo a la ciencia filológica de Menéndez Pidal que a un anónimo joven profesor, alumno suyo. Sería largo recordar la nómina completa de sus corresponsales, que podrían agruparse en españoles, portugueses, hispanoamericanos y europeos, sobre todo italianos y franceses. Nombres como Eduardo Marquina, al que dedica una admiración que hoy nos resulta incomprensible, Zorrilla de San Martín, en el que resume su interés por la poesía hispanoamericana, o José Ortega Munilla, al que le debió gran parte de su carrera periodística, Jean Cassou y Jacques Chevalier, sus dos grandes amigos franceses, junto a Maurice Legendre, valedores de su obra y redentores en parte de su galofobia exaltada, Víctor Said Armesto, su puntual corresponsal gallego, o José María Salaverría, su paisano vasco, al que tantas afinidades le unían, son algunas de las pruebas de la multiplicidad de sus intereses epistolares y de su impulsiva necesidad de darse a los demás, para engrosar su yo poliédrico y sediento de seguridades y de afirmaciones.

No sé si por casualidad cronológica o por habilidad de recopilador, cada uno de los dos tomos de este *Epistolario inédito*, se abre con sendas cartas apetitosas y significativas, que resumen y anticipan el gozo y el inte-

rés del resto, con claridad de espejo, sirviendo de incitación y de preámbulo. La primera es una carta a su madre, con treinta años, en la que se defiende del juicio materno sobre su carácter y sus primeros compromisos políticos, y la segunda es a Francisco Cossío, sobre la resaca de su defenestración rectoral y sus preocupaciones sobre la unidad lingüística de España. En ambas cartas sangra de sinceridad, se justifica ante su madre, se confiesa al amigo, se presenta tal y como debía ser, indigente y acorazado, arisco y energuménico, como lo vería Ortega; son dos muestras del claroscuro de su vida, de la fijeza de sus ideas y de la buena fe de sus equivocaciones. Podrían ser el paradigma de sus cartas estelares, como las de Rafael Altamira (1897), sobre su crisis espiritual de aquel año, Rubén Darío (1907), Menéndez Pidal (1916), Eduardo Dato (1920), Giner de los Ríos (1922) o las dos al escultor bilbaíno Quintín de Torre, de 1936.

En realidad, estas cartas forman una biografía, que viene a sumarse, confirmando, aclarando o contradiciendo, a las conocidas biografías unamunianas, como las de Emilio Salcedo y Margaret Thomas Rudd, que son las más recientes. Asistimos a sus primeros tiempos de lucha por abrirse camino en el mundo de las letras; su determinante crisis de 1897; su tenacidad laboral para mantener a flote su economía familiar; su satisfacción de los primeros éxitos literarios; su consolidación de maestro

y de guía espiritual; el proceso de las heridas de su defenestración rectoral, que de un modo intenso le durarían tres o cuatro años, pero que nunca se le cicatrizarían del todo; las nevaturas de su campaña antimonárquica y anti-Directorio Militar, con gruesas alusiones a Martínez Anido, a quien llama «cerdo epiléptico» y del que lamenta «siga suelto, sin apeos ni bozal»; la irritación perpetua de su destierro y la satisfacción de su vuelta a España y a su Salamanca, en olor de multitudes, que encadena con su desilusión de la República y su trágica condescendencia con la dictadura franquista.

Debemos agradecer al profesor Robles la edición de estas cartas, que vienen a romper el tiránico secuestro que, sobre la documentación inédita de Unamuno, ha ejercido la monja integrista que durante muchos años ha manipulado los materiales depositados en la Casa-Museo y del que se han hecho eco muchos unamunólogos. Finalmente, este epistolario tan rico y apasionante reclama la publicación del resto de las cartas de Unamuno, todavía inéditas, entre las que destacan por su volumen y su vivo interés literario e historiográfico, las dirigidas a su yerno, el poeta José María Quiroga, en poder de la familia.

Luciano G. Egido

